

política y económica. El primer síntoma y efecto de esa descentralización es la decadencia del prestigio de Italia y de Roma en el Imperio. En los comienzos de la hegemonía de Roma en Italia y durante casi toda la época de la República, eran ciudadanos romanos solamente los latinos y los laciales. En el año 90 a.C. se otorga la ciudadanía a todos los pueblos itálicos. Por otro lado, ya bajo la República, pero sobre todo bajo el Imperio, las provincias se colonizan con ciudadanos; y ciudadanos romanos se dirigen hacia las provincias, donde se radican y viven como funcionarios, militares, comerciantes, terratenientes, etc. relacionándose y mezclándose con las poblaciones locales. Empieza, pues, a haber muchos ciudadanos provincianos, muchos ciudadanos que viven toda su vida en las provincias y ciudadanos que nacen en las provincias. Al mismo tiempo, para la defensa de sus fronteras, el Imperio necesita un número cada vez mayor de soldados. Al principio los soldados eran todos laciales, pero, por las continuas guerras, se vuelve necesario que también los itálicos pasen a integrar las filas de las legiones, que se abren luego también para provincianos y hasta para extranjeros, los cuales, por el hecho mismo de ser soldados del Imperio, adquieren la ciudadanía romana. No sólo, sino que el número de los provincianos y de los extranjeros en el ejército aumenta cada vez más, y se reduce, en cambio, proporcionalmente, el número de los latinos y de los itálicos, que tenían mayores pretensiones.

Ya el emperador Vespasiano reduce oficialmente el número de los italianos en las legiones, y de a poco los soldados laciales e itálicos quedan sólo en las cohortes de pretorianos, que permanecen en Italia, mientras el ejército que combate en las fronteras está constituido casi enteramente por provincianos y extranjeros.

Por otro lado, las provincias (particularmente Hispania y Galia) adquieren gradualmente mayor importancia económica, por ser más ricas que Italia. De esta manera, las prerrogativas y el prestigio de Roma en el Imperio se ignoran cada vez más. Así, observamos que, aun siendo siempre capital del Imperio, Roma no es más

el lugar de residencia de los emperadores: mientras los emperadores de la dinastía Julia residían normalmente en Roma, los Flavios residen entre Roma y las provincias y luego los emperadores militares apenas si pasan por la capital, para hacerse confirmar o para los triunfos. Los emperadores se proclaman en las fronteras donde combaten las legiones y viven en las provincias, con el ejército. Al mismo tiempo, los ciudadanos provincianos son los más activos en la vida económica del Imperio, y también en la vida política y cultural. Mientras hasta los Claudios Roma es el centro comercial del Imperio, más tarde las provincias establecen un tráfico independiente entre ellas: así, por ejemplo, Galia, al comerciar con Panonia, no lo hace más a través de Roma sino directamente, a través del Norte de Italia. Muy pronto, en la misma Roma, los elementos más ricos y cultos proceden de las provincias, sobre todo de Hispania y Galia, que son las más adelantadas. Procedan de Hispania, como se ha visto, hasta emperadores, como Trajano y Adriano, y escritores de los más ilustres, como los dos Sénecas, Quintiliano, Lucano, Marcial. Todo esto prepara un acontecimiento fundamental en la historia del Imperio: el acto llamado Constitutio Antoniana, mediante el cual, en 212 d.d.C., el emperador Caracalla otorga la ciudadanía romana a todos los habitantes del Imperio.

Con el edicto de Caracalla se consagra la descentralización del Imperio. Poco tiempo después, intervienen otros factores, exteriores, que aumentan todavía tal descentralización. En 257 el Imperio sufre la primera pérdida territorial importante: los Godos ocupan Dacia, y en 271 el emperador Aureliano tiene que reconocer oficialmente la ocupación, abandonando la provincia y retirando de ella las legiones y los funcionarios.

Luego, mientras los Germanos presionan en las fronteras, los mismos jefes del Imperio se dan cuenta de ^{que} una administración única resulta inapropiada para un país tan extenso. Por eso, Diocleciano se asocia a Maximiano como "Augusto": son, pues, dos emperadores, y cada uno de ellos se toma un "César".

El Imperio tiene cuatro jefes y es dividido en cuatro territorios: Itálica, con capital en Milán; el Oeste, con la capital en Tréveris (actualmente Trier, en Alemania); los Balcanes, con la capital en Sirmic; y el Oriente, con la capital en Nicomedia (284). En 284, pues, Roma deja de ser, hasta oficialmente, capital del Imperio. Constantino (324) rehace provisionalmente la unidad del Imperio, pero, al mismo tiempo, da impulso a un nuevo movimiento de división, elevando Bizancio a metrópolis del Oriente. Finalmente, la oposición entre el Oriente griego, en gran parte no-romanizado, y el Occidente se consagra políticamente en 392 por el emperador Teodosio, que divide el Imperio entre sus dos hijos Arcadio y Honorio, dando al primero el Oriente, con la capital Bizancio (Constantinopla) y al segundo el Occidente, con la capital no en Roma sino en Rávena. De esde modo, el Oriente, sustraído al influjo de las regiones romanizadas, queda griego: hasta los emperadores, la corte y los altos funcionarios, que en el comienzo hablaban latín, lo abandonan pronto por el griego, de manera que el "Imperio Romano de Oriente" queda "romano" sólo de nombre. Mientras tanto, el Occidente es sometido a golpes cada vez más fuertes por parte de los bárbaros, perdiendo cada año territorios que ocupan los Germanos, hasta que, en 476, los últimos restos libres del Imperio y la misma ciudad de Roma caen en poder de una población germánica.

Después de la caída del Imperio Romano de Occidente, hubo varios intentos de reconquista por parte del Imperio de Oriente, que tuvieron éxito particularmente bajo Justiniano: se reconquistó, en efecto, Italia, instaurándose el exarcado de Rávena. Pero esa acción militar y política no pudo interrumpir ni detener la progresiva germanización del Occidente.

La penetración germánica en la Romania occidental tuvo aspectos pacíficos y graduales antes de tomar el aspecto de rápida conquista militar. Los germanos entraron ante todo como soldados en las legiones y su número aumentó tanto que en los últimos años

del Imperio había legiones enteras constituídas por "bárbaros". Luego penetraron como colonos, buscando trabajo, paz y seguridad al amparo de las fronteras romanas; sobre todo en Galia, se establecieron muchas colonias agrícolas germanas. Finalmente, cuando las varias poblaciones germánicas empezaron el ataque directo contra el Imperio Romano, éste se encontraba ya en un estado de relativa germanización. Y los estados creados sobre las ruinas del Imperio de Occidente fueron todos estados parcialmente germanizados, no sólo con organización y aristocracia germanas; no sólo gobernados sino también poblados, por lo menos en parte, por pueblos germánicos (Ostrogodos, Longobardos, Normandos, en Italia; Francos y Burgundios en Galia; Visigodos en España).

Sin embargo, a pesar de la importancia que tuvieron en la historia de la Romanía occidental, los Germanos no lograron germanizar lingüísticamente el Imperio (apenas si alcanzaron a quitarle algunas regiones no totalmente romanizadas, como las regiones allende el Rhin, la Alemania meridional, la actual Suiza): al contrario, fueron gradualmente absorbidos y romanizados por las poblaciones romances por ellos dominadas y gobernadas. Su influjo, a pesar de la larga convivencia, no llegó a modificar, prácticamente, nada en la estructura, en el sistema idiomático del neolatino. Pero su importancia real, por lo que concierne a la historia lingüística de la Romanía, es otra: es la de haber contribuido notablemente a la formación de las lenguas romances como individualidades distintas. En efecto, las diferencias y fronteras lingüísticas regionales que ya se habían delineado en la época imperial, por razones "internas", se profundizan, se estabilizan y se modifican por acción de los Germanos. Algunas fronteras lingüísticas desaparecen y se crean otras, justamente según el rayo de influencia germánica. Esta acción sobre la formación de las lenguas romances fué esencial, aunque exterior a los elementos y estructura, al "contenido", de esos idiomas, pues la extensión y los límites de las principales isoglosas que los diferencia y caracterizan y el hecho mismo de que se han constituido y desarrollado como sistemas

autónomos y más o menos homogéneos, en la forma en que históricamente se han desarrollado, depende en buena parte de la acción que los Germanos ejercieron sobre la Romanidad y de la división de la Romania en estados germánicos.

La influencia de los Germanos sobre la Romanidad ha sido estudiada, con abundancia de detalles, por Ernst Gamillscheg, en su obra fundamental "Romania Germanica", y, por lo que se refiere en particular a la formación y partición de las lenguas románicas, por Walther von Wartburg, quien ha mostrado, justamente, cómo buena parte de las fronteras que separan hoy las variedades románicas se deben al impulso exterior de los Germanos, o sea cómo los rumbos que adquiere en cierta época la historia del latín se deben no sólo a los fermentos "internos" de esa lengua sino también a las posibilidades de desarrollo de dichos fermentos (posibilidades de difusión territorial de las innovaciones y de las regresiones) determinadas por las poblaciones germánicas conquistadoras de la Romania.

O-O-O

Las razones "internas" del fraccionamiento del latín, es decir, de la constitución de las lenguas romances como sistemas históricos autónomos y distintos del latín, constituyen uno de los problemas fundamentales de la lingüística románica, que se ha aclarado sobre todo en los últimos decenios, con el abandono del concepto del latín "vulgar" como lengua unitaria y homogénea y su sustitución por el concepto de una unidad latina relativa y que sólo sirve como base metodológica.

Algunas de las ideas actuales acerca de la formación de las lenguas romances surgieron, sin embargo, en la época en que se consideraba el latín "vulgar" como una realidad lingüística definida y unitaria y se lo contraponía como tal al latín clásico.

El primer intento de explicación de la progresiva diferenciación de las lenguas romances invocó como razón de la misma la

cronología de la ocupación y colonización de las varias provincias, o sea la diferencia de fecha en la romanización. Es decir que se concibe el latín "vulgar" como lengua unitaria en evolución y se observa que, evidentemente, las provincias romanizadas más antiguamente recibieron un latín distinto del que recibieron las regiones romanizadas más tarde (así, por ej., el latín que se difundió en Dacia debió ser bastante distinto del que se había difundido en Cerdeña algunos siglos antes) y que alguna diferencia debida a tal circunstancia subsistió a pesar de la unificación lingüística imperial. No hay duda de que tal explicación contiene una parte de la verdad; pero no contiene toda la verdad. En efecto, muy pronto se vió que la diferencia de época de romanización es una razón insuficiente para explicar la formación de las lenguas romances: explica los fenómenos de conservación de regiones como Cerdeña e Italia Meridional, pero no logra explicar los fenómenos análogos que se comprueban en Iberia (palabras como miedo, sese, hermoso, comer, hablar, sustituidas por formas más recientes no sólo en Galia sino en la misma Italia), en Galia, conquistada en 50 a.C. (cf. equa > a.fr. ive, mientras el ital. tiene el más reciente caballa > cavalla; o la conservación de los grupos consonánticos pl, gl, cl, que en la misma Italia se han palatalizado dando py, gy, ky), o en Dacia, conquistada en 107 d.d.C. (por ej. la ŭ conservada como u).

La teoría del substrato, sostenida inicialmente y con particular vigor sobre todo por el lingüista italiano Gramscio Isaia Ascoli, llegó para indicar una nueva razón posible de la diferenciación lingüística románica. Es decir que se sigue considerando el latín "vulgar" como una lengua unitaria en evolución pero se observa ^{/que} esa lengua se superpone a substratos distintos en las distintas regiones romanizadas (osco-umbro en la Italia centro-meridional, céltico en Galia e Italia septentrional, ibérico en Hispania, tracio en Dacia); substratos que habían influido sobre el latín no sólo por lo que concierne a su vocabulario sino también por lo que atañe

a su aspecto fónico: en las lenguas romances subsistirían no sólo palabras "prelatinas" sino también costumbres articulatorias características de las lenguas habladas anteriormente por las varias poblaciones romanizadas, costumbres distintas en cada región. En otras palabras, la teoría del substrato desplaza la solución del problema, atribuyendo la razón íntima de la diferenciación de las lenguas romances no a aspectos del mismo latín sino a la acción ejercida sobre la lengua de Roma por las lenguas a las que ella ^{se} sobrepuso como lengua de colonización.

Así, por ejemplo, en el vocabulario (que es el campo en el que las investigaciones substratistas han tenido más éxitos y en el que quizás tenga mayores probabilidades de acierto) se ha llegado no sólo a identificar elementos de supervivencia de las varias lenguas prelatinas sino también a postular una "estratificación" de substratos. De esta manera, ciertas concordancias entre Hispania y la región alpina se atribuyen a un substrato "ligur", anterior no sólo al latín sino también al ibérico. Un ejemplo de los más evidentes es el de la palabra camuza (gamuza), examinado por W. von Wartburg, en sus "Orígenes de los pueblos románicos". La palabra, como es sabido, denomina un animal que vive exclusivamente en las zonas cántabro-pirenaica y alpina y, aun no siendo latina, se encuentra no sólo en español sino también en gallego-portugués (camuça), en francés (chamois) y en italiano (camoscio): se deduce que ella pertenece a un substrato lingüístico que se extendía ^{desde Asturia hasta los Alpes,} un tiempo abarcando los Pirineos, el Sur de Francia y la Italia septentrional, justamente el substrato pre-indoeuropeo al que se da el nombre de "ligur". Pero en la zona pirenaica el área de camuza se encuentra interrumpida por el vasco isart, de idéntico significado y que encuentra correspondencias en lenguas del Norte de África; de tal circunstancia se deduce que la unidad lingüística ligur fué quebrada por una invasión procedente de África: la de los Iberos. Apoyan tal deducción una serie de ejemplos análogos, como el de la palabra aran- 'valle' (que se encuentra en el topónimo pleonástico Valle de Arán), sustituida en Hispania por la palabra

ibérica ibar (la que dió el nombre al Ebro y a los mismos Iberos), o el de la palabra arrugia (esp. arroyo) que, por encontrarse también en los Alpes (piam. ticin. rugia, trent. rogia), se atribuye al mismo substrato ligur. Circunstancias semejantes^{se} comprueban en Cerdeña: ahí también el área de la palabra "ligur" aran fué disminuída y empujada hacia el centro de la isla por la palabra ibero-africana ibaica (sard. bega, esp. vega); se deduce^{que} también en Cerdeña un pueblo africano habría penetrado en el período prelatino, sobreponiéndose a los llamados "ligures" y empujándolos hacia el centro de la isla. Parece comprobada, pues, la estratificación de por lo menos dos substratos prelatinos en esas regiones: el llamado "ligur" y el ibérico; y actualmente varias palabras romances que no tienen etimología latina se atribuyen al substrato llamado vagamente "mediterráneo", al ligur y al ibérico. Más clara todavía es la situación de los numerosos celtismos conservados particularmente en francés.

Fuera del léxico, donde el influjo de las lenguas prelatinas parece a menudo evidente, las investigaciones substratistas presentan una seguridad mucho menor. Sin embargo, suelen indicarse como debidos al substrato varios cambios fonéticos. Así, por ejemplo, se observa que el grupo kt debió dar muy temprano xt en el territorio con substrato céltico (Galia, Hispania, Galia Cisalpina), indudablemente debido a una costumbre articulatoria de los Celtas: tal cambio explica, como necesaria fase intermedia, las sucesivas formas romances occidentales (cf. octo > fr. huit, port. oito, esp. ocho). En^{una} zona más limitada, la de substrato propiamente gálico y que corresponde al francés, encontramos que lat. ū > ü: se considera que tal fenómeno no puede ser independiente del hecho que también en la lengua de los Galos la antigua u se había vuelto ü, aunque en la fase de que nos ocupamos la u latina no debería haberse ya vuelto ü en la zona respectiva sino que, probablemente, presentaría sólo una fase intermedia entre u y ü, una tendencia a volverse ü, es decir, a volverse anterior. Del mismo modo, en la zona de Italia que corresponde al antiguo oscumbro, encontramos que mb > mm, asimilación que caracterizaba, justamente, los dialectos

tos osco-umbros; y en Cantabria y Gascuña, zonas de substrato vasco, encontramos que f inicial se vuelve h, fenómeno muy significativo si se considera que el vascuence desconoce la f inicial. Son éstos, unos pocos ejemplos de cómo la teoría del substrato trata de explicar algunos de los fenómenos más característicos que diferencian las lenguas romances.

Con la teoría del substrato se relaciona la teoría de la distinta intensidad de la colonización romana en las varias provincias: según observa Amado Alonso, la intensidad de la romanización y la acción del substrato estarían en razón inversa; a un mayor grado de romanización correspondería una menor supervivencia del substrato, y viceversa. Evidentemente, el grado de romanización no puede ser indiferente por lo que concierne a la formación de las lenguas romances, pues es de esperar que, en las zonas donde la colonización romana fué menos intensa y donde la población autóctona era más numerosa, encontremos un número mayor de elementos indígenas conservados. Así, por ejemplo, no hay comparación posible entre los pretendidos iberismos del español y los numerosos celtismos del francés, sobre todo en el habla popular y rústica; es, por lo tanto, probable (y documentable también históricamente) que en España (si se excluye la región cantábrica) la romanización fué mucho más intensa y total que en Galia, y en particular en la Galia septentrional. También es evidente que en Hispania la romanización fué más intensa que en Recia. En cambio, Dacia, que se romanizó más tarde, con respecto a las demás provincias, aparece muy romanizada, probablemente porque, según aseguran también los historiadores, se había en gran parte vaciado de población autóctona, ya que muchos de sus habitantes, no queriendo soportar la dominación romana, prefirieron emigrar.

Que el substrato tenga cierta importancia en la formación de las lenguas románicas es, pues, indudable. Pero, por un lado, la teoría del substrato no logra explicar todos los aspectos del fraccionamiento del latín y, por otro lado, no hay ningún acuerdo

entre los estudiosos acerca de cuáles aspectos y elementos haya que atribuir a la acción del substrato. En primer lugar, ya nadie acepta hoy la teoría substratista en su formulación inicial, es decir como herencia de tipo biológico de una determinada costumbre articulatoria, que se manifestaría hasta a distancia de generaciones y de siglos: prácticamente todos los estudiosos están hoy de acuerdo en que, si algún fenómeno hay que atribuirlo al substrato, ese fenómeno tuvo que ocurrir, o, por lo menos, manifestarse como tendencia, en una época en que la lengua del substrato era todavía hablada al lado del latín y, seguramente, en un primer momento, en individuos bilingües. En segundo lugar, mientras los substratistas más convencidos lo explican casi todo mediante el substrato (tanto que el substrato se vuelve a menudo un rótulo cómodo, pero en sustancia falto de sentido, un simple eludir el problema, en todos los casos de fenómenos que no tienen otra explicación suficientemente evidente y de palabras que no se logra explicar de manera satisfactoria mediante palabras latinas), los adversarios de la teoría reducen al mínimo la importancia del substrato, tratando, en la mayoría de los casos, de encontrar explicaciones fundadas en la fonética fisiológica (por lo que concierne ^{los} cambios fonéticos), o, de todos modos, en aspectos internos del latín: todo esto porque la mayoría de las aserciones de los substratistas aparecen muy difícilmente documentables. Además, entre los mismos substratistas no hay pleno acuerdo acerca del alcance de la acción del substrato: así, por ej., Harri Meier, que reconoce la importancia del substrato para el francés y para la fonética española, no la admite, en cambio, en lo que se refiere al léxico español, tratando de explicar como elementos latinos la mayoría de los pretendidos iberismos o ligurismos (hasta palabras como arroyo o balsa).

Por eso, el problema de la formación de los idiomas romances se ha aclarado notablemente al llegarse a concebir el latín "vulgar" como una lengua diferenciada no sólo históricamente (cronológicamente) sino también geográfica, social y estilísticamente y al con-

siderarse la historia de la fragmentación del latín a la luz de la historia de la romanización. La pregunta fundamental es, pues: ¿fué o no fué el mismo el latín que se difundió en los varios países romanizados? La respuesta es, evidentemente, no, y no sólo por la distancia entre una y otra época de colonización sino también por diferencias que existían en el mismo latín "vulgar". Walter von Wartburg, siguiendo el principio metodológico de que no se puede hacer la historia de las lenguas independientemente de la historia de los pueblos, señala particularmente la importancia de las diferencias sociales y culturales, subrayando que fueron distintas las categorías sociales que romanizaron las varias provincias. En Cerdeña la romanización se hizo sobre todo mediante los funcionarios, es decir, desde el punto de vista lingüístico, mediante un latín que podríamos llamar "administrativo"; en Italia, sobre todo mediante los campesinos, mediante esas gentes humildes a las que tanto la República como el Imperio distribuyeron tierras en las zonas conquistadas, es decir, mediante un latín más bien "rústico"; en Galia e Iberia, mediante gentes socialmente más elevadas, mediante comerciantes, burgueses y militares, es decir, mediante un latín más bien "culto"; en Dacia, mediante colonos y veteranos pertenecientes al bajo pueblo, es decir, mediante un latín "popular". Tales diferencias sociales y culturales entre las masas colonizadoras explican, según Wartburg, la más profunda de las diferenciaciones de fecha antigua entre las lenguas romances: la que se refiere a la conservación o no de la s final, hecho que implica un distinto tratamiento de las declinaciones, dada la importante función de s como morfema nominal. Es sabido, en efecto, que en latín arcaico y en latín popular s final no se pronunciaba ^{precedía vocal breve y} si seguía consonante. El latín culto, con ese afán de unificación y normalización que caracteriza las lenguas literarias y doctas, reintegró la s, cualquiera fuera su posición. Ahora, ciertas regiones del Imperio, y precisamente las orientales, Italia y Dacia, romanizadas sobre todo por categorías socialmente más bajas, siguieron la tendencia popular, dejando caer la s final, y no sólo delante de consonante sino en todas las posiciones. En cambio, las regiones coloni-

zadas por gentes de categoría social más elevada, Hispania y Galia, siguieron la tendencia más culta, conservando y reintegrando la s final en cualquier posición. Por esta misma razón, las lenguas orientales conservan en el plural las desinencias de tres declinaciones latinas (I, II y III) y generalizan como plural la forma de acusativo, mientras las orientales conservan las desinencias de sólo dos declinaciones y generalizan en el plural la forma de nominativo (cf. esp. casas, muros, lucos; ital. case, muri, luci): es decir que un fenómeno fonológico (en sus comienzos un fenómeno de fonética sintáctica) adquiere también valor de fenómeno morfológico, o provoca un fenómeno morfológico (morfemático). Esta divergencia de tendencias debida a razones sociales y culturales fué, según Wartburg, la que produjo la primera y más profunda escisión dentro de la unidad lingüística de la Romania.

A esas diferencias sociales entre las masas romanizadoras, se han agregado en los últimos decenios —gracias a la dialectología comparada romance, es decir, por obra de estudiosos como Gerhard Rohlfs, Ramón Menéndez Pidal, Iorgu Iordan, Max Leopold Wagner y otros, que se han dedicado a estudiar los varios dialectos romances de las provincias en comparación con los dialectos italianos o han señalado concordancias entre las lenguas extrapeninsulares y los dialectos peninsulares (sobre todo de Italia del Sur) — las diferencias dialectales que existían en el latín hablado. Se ha observado, en efecto, que, por encima de las lenguas romances como individualidades lingüísticas bien definidas, existen notables concordancias entre dialectos italianos y dialectos románicos no italianos y que algunos fenómenos que caracterizan la individualidad de ésta o aquella lengua romance se encuentran también en dialectos italianos: se trata de concordancias y fenómenos que, en la medida en que se remontan al latín y no son simples coincidencias, se explican sólo por una diferenciación dialectal en el latín hablado y por el distinto origen regional de los colonizadores. En efecto, los colonizadores no se diferenciaban sólo por su categoría social sino también por su origen étnico: no eran sólo latiales,

sino también umbros, sabelios y samnitas, que hablaban un latín regional, distinto del latín de Roma y del Lacio, y que llevaban a las provincias fenómenos propios del latín hablado en su región; por eso, justamente, fenómenos que subsisten hasta la actualidad en el habla de los descendientes de los antiguos oscos-umbros en Italia, o, mejor, en las regiones que antiguamente eran osco-umbras, podrán encontrarse también en las provincias colonizadas por gentes procedentes de aquellos mismos lugares. Tales conclusiones han sido confirmadas por el magnífico Atlas lingüístico italo-suizo de Jaberg y Jud. Así, por ejemplo, encontramos en esa obra que el área de fenómenos oscoumbros como la asimilación de mb en mm o la sonorización de las oclusivas después de nasales (campo > cambo) corresponden al área habitada antiguamente por poblaciones oscoumbros. Ahora, esos mismos fenómenos, según observa R. Menéndez Pidal, se encuentran en España en la región que, según fuentes históricas, fué colonizada por gentes oscas, con el centro en Huesca (antig. Oscā). Otro hecho bien característico ^{al} es del de los varios tipos de vocalismo romance. En efecto, como ya se ha indicado, en latín "vulgar" se perdió la distinción fonológica entre vocales largas y breves, sustituyéndose por la distinción entre abiertas y cerradas, y se redujeron las diez vocales latinas a siete. Pero tales cambios no ocurrieron de manera homogénea en todo el latín "vulgar" (según se deduce de las actuales lenguas romances), sino que siguió tres caminos distintos: en un primer tipo de latín "vulgar", representado por la mayoría de las lenguas romances, i y e dieron e (e cerrada), o y u dieron o (o cerrada); en un segundo tipo, representado por el rumano, i se confundió con e pero u no dió o sino que se confundió con u (cf. siccus > rum. sec, pero furca > rum. furcă); finalmente, en un tercer tipo, representado por el sardo, no se verificó ninguna de las dos convergencias, conservándose la i como i y la u como u (cf. sardo pira, gula). Ahora, en el Atlas de Jaberg y Jud, encontramos que esos tipos de vocalismo se encuentran los tres en una zona muy limitada de Italia meridional: los varios vocalismos

representan, por lo tanto, vocalismos dialectales (regionales) del latín hablado. Todo esto fundamenta suficientemente la teoría de las diferencias dialectales del latín como razón principal de la diferenciación lingüística romance, sostenida particularmente por Harri Meier.

Con esta teoría de las diferencias regionales en el latín (y también con la de las diferencias sociales) se relaciona la teoría de las diferentes corrientes de romanización (que atribuye gran importancia a los centros de romanización y a las divisiones administrativas romanas en las provincias), también ésta sostenida y desarrollada en los últimos tiempos particularmente por Harri Meier y anteriormente sobre todo por Antoni Griera. Este último estudioso, en particular, ha sostenido la tesis de dos corrientes de romanización en Iberia: una "terrestre" en el NE, procedente de Galia y relacionada con la Italia septentrional y central, cuyo resultado sería el catalán; la otra "marítima" en el Sur y SO de la Península, procedente de África y de Italia meridional, una corriente, pues, "afro-románica", cuyos resultados serían el español y el portugués. Según Griera, la frontera entre el catalán por un lado y el español y el portugués por el otro sería, por consiguiente, la más antigua de la Península. Tal tesis ha sido justamente criticada por W. Meyer-Lübke, que conserva la idea de la frontera entre catalán y luso-español pero la atribuye sobre todo a diferencias sociales entre los colonizadores (colonización militar y campesina en el NE de la Península; colonización sobre todo urbana en el Sur y en el SO), y por Amado Alonso, el cual rechaza la idea misma de una individualidad no-iberorrománica del catalán, observando que la romanización de Cataluña empezó un siglo antes que la romanización de la Galia meridional y un siglo y medio antes que la de la Galia septentrional y que, por otro lado, la colonización de la actual Andalucía y de la zona levantina de Hispania empezó doscientos años antes de la conquista de África. De todos modos, queda en pie la tesis de la existencia de dos distintas corrientes de romanización.

o-o-o

A nosotros nos parece indudable que todos los factores hasta aquí enumerados han contribuido en alguna medida al fraccionamiento del latín y, por consiguiente, a la diferenciación de las lenguas romances. Así también, nos parece evidente que, para una comprensión total del problema, es necesario tener en cuenta todos esos factores, todas las circunstancias de la romanización, es decir: a) que la romanización de las provincias ocurrió en distintas épocas (así, por ej., en el siglo I d.d.C., mientras Hispania era una región ya muy latinizada, Dacia no había sido aún conquistada); b) que en las varias provincias el latín se sobrepuso a distintos substratos, que han dejado distintas supervivencias en las lenguas romances; c) que la latinización no se cumplió con el mismo ritmo en las distintas regiones (así, por ej., mientras regiones como Dacia y gran parte de Hispania fueron rápidamente romanizadas, en África la romanización fue muy lenta) y ni siquiera en las varias capas sociales y las varias zonas de la misma región (en Galia las clases superiores, particularmente urbanas, eran ya latinizadas en el siglo I d.d.C., mientras en las campañas el céltico se mantuvo hasta los siglos III y IV y en Helvecia hasta el siglo V d.d.C.); d) que la latinización no se cumplió con la misma intensidad (en Cantabria, Galia septentrional, Recia, la romanización fue, sin duda, menos profunda que en otras regiones); e) que la población local no tenía la misma densidad en todas las regiones conquistadas (en Galia las víctimas de las guerras de conquista fueron más numerosas que en Hispania, y Dacia fue conquistada teniendo esta región una población autóctona muy rarefacta, tanto que se puede sostener que la base de la población romance de Dacia fue constituida por colonos inmigrados, más bien que por indígenas romanizados); f) que los colonizadores procedían de distintas clases sociales y que, por lo tanto, hablaban necesariamente un latín diferenciado social y culturalmente; g) que los colonizadores no eran todos étnicamente latinos sino que procedían de varias regiones latinizadas de Ita-

lia (y también de otras regiones, por lo que concierne a las últimas provincias colonizadas, como Dacia); h) que la romanización fué diferente según las varias corrientes de romanización, que partían de distintos centros y tenían distintos rayos de acción, según las divisiones administrativas del Imperio.

Todo esto es tan evidente que no hay quien lo niegue. Si, con todo, el problema del fraccionamiento del latín queda todavía abierto, eso ocurre porque no hay un acuerdo general entre los estudiosos acerca de la importancia y de los resultados efectivos de cada uno de esos factores, de la medida en que cada uno de ellos contribuyó a la fragmentación del latín. En efecto, cada estudioso sostiene la importancia de algunos de los factores antedichos, en perjuicio de otros, y atribuye a la acción de un factor fenómenos que otros estudiosos atribuyen a otros de ellos.

Así, por ejemplo, H. Morf subraya sobre todo la importancia del substrato y llega hasta tratar de hacer coincidir los límites lingüísticos de la Francia actual con las fronteras que separaban antiguamente a los Belgas, Aquitanios y Galos, los tres pueblos que, según César, habitaban Galia en la época de la conquista romana.

Walter von Wartburg atribuye particular importancia sobre todo al substrato y a las diferencias sociales y culturales dentro del latín hablado.

Amado Alonso subraya sobre todo la importancia del mismo substrato y de la diferente intensidad de romanización, observando, por ejemplo, que, si el francés se diferencié tanto de los demás idiomas romances, eso se debió al hecho de que la Galia septentrional nunca fué tan fuertemente romanizada como la mayoría de las otras provincias de la Romania: en efecto, Galia septentrional es la región donde se conserva un mayor número de elementos de "substrato" y, en general, el francés aparece como un idioma más bien rebelde dentro del conjunto romance occidental.